
MUSEO CRIMINAL
REVISTA ILUSTRADA
MADRID
1.° de Mayo de 1908. Año V. N.° 105.
Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.° 336.

El miedo de los poderosos

Decididamente, no sabemos por donde andamos. Asistimos á un cambio radical en la forma de ser de las colectividades y de los individuos.

Nosotros creemos que esta evolución siempre ha existido; pero también afirmamos que nunca fué tan rápida ni tan extremada como ahora.

Las ideas de destrucción puestas en práctica por los enemigos de las nacionalidades, por los anarquistas, por los terroristas y por los *indefinidos*, que también los hay, han aflojado tanto los lazos que unían las diferentes capas sociales para formar el conglomerado en que vivimos, que ya todo se disgrega, todo se viene abajo.

Tan general es lo que decimos, que ni los pueblos sometidos al régimen absolutista se escapan.

Al contrario; sienten más que los de regímenes menos opresores los efectos de lo que vamos diciendo.

Ayer era el miedo del zar de todas las Rusias el que ocupaba la atención. No era para menos, porque encontróse en la mesa, en el gabinete, en la cama, en el paseo, en todas partes, anónimos amenazadores, y persuadirse que *tenían su fundamento* no es para menos.

Por si poco era, en su propio palacio se encontró un verdadero almacén de dinamita en contacto con hilos metálicos que estaban dispuestos para la explosión.

El otro déspota de Oriente es hoy el que nos ocupa.

El sultán de Turquía vive una vida que produce verdadera lástima.

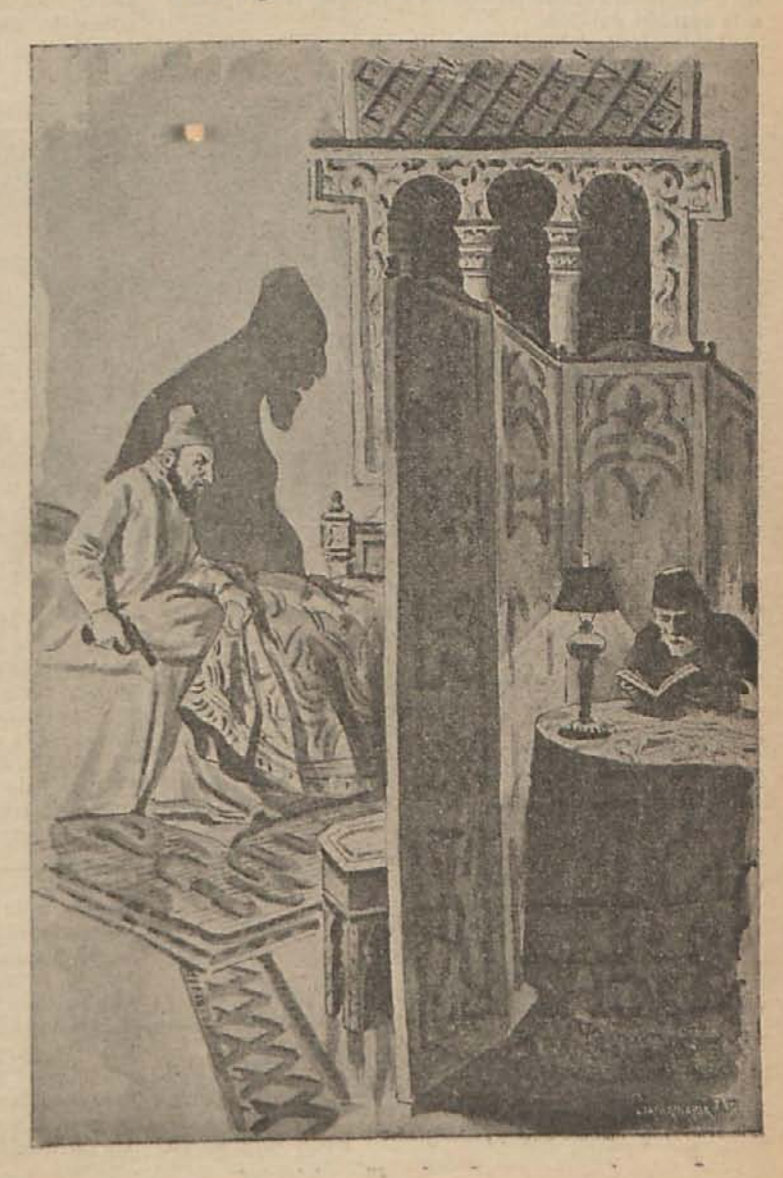
Desde el último atentado contra su vida, que ocurrió en el interior de su propio palacio, el terror de que se halla dominado le ha llevado al estado de compasión que decimos.

Se trata de un viejo: tiene hoy setenta y cuatro años; es de talla más bien pequeña y de una delgadez exagerada, acompañada de una demacración que le da aspecto cadavérico. La vida parece que le va á dejar en cada momento; con efecto, su sostén no es la actividad muscular, vive por la actividad, por la exaltación nerviosa.

Sus apagados ojos, hundidos en profundas cuencas, no están exentos de brillo, pero con destellos de inquietud; por eso los tiene inquietos y sin fijeza, como buscando el lado de donde ha de venirle el peligro. Un personaje turco de los pocos que cuentan con la intimidad del monarca dice:

—En sus ojos se refleja todo lo que hay de complicado en su alma. Yo no sé todavía si es inteligente ó estúpido, valeroso ó poltrón, genial ó loco ..

Dominado por el terror, el sultán teme sin cesar por su vida, y este pánico le impulsa á la crueldad. Habiendo condenado á muerte á dos pachás que conspiraron contra él, exigió que las cabezas de las víctimas fueran embalsamadas y llevadas á su presencia. Era una precaución para asegurarse de que sus enemigos habían muerto.



No hace mucho que prohibió que se instalase el teléfono en Constantinopla, diciendo:

—Los conspiradores se facilitarán con ese mensajero invisible y fiel que desafía toda vigilancia.

La noche irrita y exaspera su espanto. Se acuesta tarde, intentando dormir lo menos posible.

Las tinieblas le enloquecen.

Apenas aparecen las primeras sombras de la noche, todo el palacio, desde los más humildes corredores hasta los salones de gran recepción, se iluminan.

Como el silencio también le aterra, creyendo escapar al miedo, ordenó que una orquesta, de la que forman parte músicos europeos, toque durante muchas horas.

Por último, después de que todo se halla en orden, cierra él mismo las puertas de la alcoba y se acuesta.

No acaba aquí su miedo: en la habitación próxima hace que uno de sus más fieles servidores lea en voz alta hasta que el sultán logra conciliar el sueño.

Tal es la vida íntima de Abdul Hamid.

Esta existencia, á que la leyenda atribuyó esplendores, orgías y placeres, que soñó con serrallos, tesoros, servidores fieles, sumisos y dispuestos á dar su vida por el menor deseo de su señor, es una de las más lúgubres que pueden pensarse. ¡Lo que descubre la fría realidad!

Su vida es la de un déspota esclavo del miedo, es prisionero de sí mismo; lleno de pesadillas y espantos, que no le permiten más que preocuparse de su seguridad personal, sin dejarle un momento para el goce de los placeres que se sueñan en los palacios de los sultanes.

Todos los viernes se celebra la ceremonia del Selamlik en esta mezquita, y el trayecto lo hace lleno de un susto indescriptible; las precauciones son extremadísimas: siempre teme un atentado. La multitud lanza el consabido grito de *¡Larga vida á nuestro Pachá!*, del que él apenas se entera, pensando en el peligro, para él nunca inesperado.

Difícilmente se concilian las dos ideas: de un lado, un monarca dueño de vidas y haciendas, gobernando un pueblo poco ilustrado en general, de otro, ese mismo déspota esclavizado á su terror.

Nadie creería en la vida amarga del actual sultán de Turquía, que la pudiera cambiar por la del último de sus súbditos, por la del más pobre de los menesterosos.

La superstición al través de los siglos

Un suceso, ó por mejor decir, el relato de algo que se dice ocurre en Inglaterra, está en estos días preocupando á la opinión publica.

Los periódicos londinenses llenan sus columnas con referencias de minuciosos detalles y comentarios.

Seremos breves.

En un pueblecillo de las inmediaciones de Londres hay una casita que siempre permaneció desalquilada, porque nadie se atrevía á vivir en ella, dando oídos á una conseja de la localidad, según la cual, en dicha casa se verificaban apariciones de seres sobrenaturales y de ultratumba.



Una señora poco escrupulosa se decidió á habitarla, y este acto, que tendía á destruir la fábula, le ha dado mayor pábulo.

Tan luego se trasladó á la casa, fué la primera en participar del temor popular, pues refiere que las personas que habitaban el último piso de la casa experimentaban todas las noches una horrible impresión: una mano cadavérica, voluminosísima y de hedor putrefacto, se posa pesadamente en la boca de los inquilinos de la casa maldita. La escéptica señora dice que también ella ha experimentado la extraña y horrible impresión; lo mismo dicen su hija y la servidumbre. Todos al referirlo lo hacen presas de la indescriptible impresión que les deja el recuerdo de la mano pestilente.

Además, á las cinco de la tarde, todos los días, sin faltar uno, sienten en la escalera unas tenues pisadas como de un hombre que calzara zapatillas; después contemplan con ojos espantados que se entreabre la puerta del comedor, y acto seguido se siente el repugnante olor á carne muerta.

Verse, nadie ve nada; pero los sentidos del tacto, oído y olfato aprecian todos los días al hombre invisible y todas las noches la mano pestilente y pesada.

Los hechos tienen un carácter de realidad que aterran á toda la comarca.

La gente de las inmediaciones de la casa maldita asegura que se trata del espíritu de un viejo idiota que habitó muchos años la casa.

El hecho ya nadie se atreve á negarlo; sólo sí se sostiene la discusión sobre él, por pensadores y filósofos de todas las tendencias y escuelas.

Vivimos en un contrasentido permanente: en la época que corremos, en el siglo XX, parecía natural que estas cuestiones se entendieran como aberraciones de una inteligencia debilitada, y resulta, por el contrario, que en Europa, al lado de la populosa Londres, centro de la cultura y de la ciencia, se *presenta* esa mano pestilente, que une como férrea tenaza los siglos XII y XIII con el XX que corremos.

Prisión de un fraile.

El telégrafo, con su rapidez y concisión, nos pone al corriente de las noticias, siempre ó casi siempre de una manera incompleta.

La sucesiva renovación de las noticias, exigida por la actividad de la vida moderna en todas sus manifestaciones, hace olvidar las adquiridas ayer por las que apenas nos impresionan hoy; se graban poco, sólo hacen desfilar ante nuestro cerebro como interminable cinta cinematográfica.

El sistema de notificar por telegrama constituye una red, entre cuyas amplias mallas se escapa lo más sustancioso: los orígenes, los medios, los fines, los resultados.

De nada de esto se puede seguir hablando al día siguiente, porque resultaría *fiambre*. La multitud de telegramas que van al cesto de los papeles sin publicarse, demostrarían al que se pasase por la redacción de un periódico, mejor que cuanto digamos, la verdad de nuestra afirmación.

Se supo, no hace mucho, que un fraile, el R. P. Valeriano, había sido preso porque se demostró que había robado al duque de Monfort. Eso dijo el telégrafo, y no siguió.

Las noticias por correo son mucho más interesantes.

Era el confesor del duque; éste estaba casado con una joven inglesa, Miss Lydia Berth, la cual tenía por doncella á una alemana, Francisca Bughner.

Por recomendación del fraile entró á servir en la casa un criado siciliano.

A los cuatro meses de entrar en la casa el fraile, murió la duquesa de muerte repentina. Poco después murió la doncella, también de repente.

El duque perdió todas las facultades intelectuales.

Un día el duque murió y el fraile desapareció.

Los herederos echaron de menos tesoros artísticos y objetos de oro y plata.

La Policía, después de muchos meses de buscar, los encontró en casa del conde de Cinea, quien puso las cosas en claro diciendo que el P. Valeriano los había llevado allí para que se los guardase, pues quería ofrecer un soberbio regalo al Papa en ocasión de su jubileo.

Se detuvo al siliciano.

Para terminar: de sospecha en sospecha, se decidió desenterrar los cadáveres del duque, de la duquesa y de la doncella: los tres habían sido envenenados.

El criado, instrumento del fraile, había percibido de éste, por su criminal ayuda, 28.000 liras.

Principio del fin.

En nuestros anteriores números seguíamos con interés la palpitante cuestión terrorista. Al ocuparnos de ella lo hacíamos con la concisión que esta publicación exige.

El fallo del Jurado, del asendereado Jurado, lleva al patíbulo á los dos hermanos Rull y á su madre. El padre y los otros compinches, con penas menos graves escapan.

La justicia quedará satisfecha; mas la tranquilidad á Barcelona no es tan seguro que llegue.

No llegará franca ínterin las declaraciones de Tressols queden en pie; mientras tanto no se desvirtúen.

Verdaderamente hay que reconocer que desde que se empezó á ver en la Audiencia el proceso no ha vuelto á estallar ninguna bomba, y esto hace esperar que la infame farsa de los Rull y sus auxiliares, combinada con la torpeza de las Autoridades, no volverá á repetirse; pero tras de tantos años de constantes atentados, la pública tranquilidad no vuelve en dos días.



El civismo del pueblo barcelonés ha de hacerlo casi todo; buena prueba han dado los que constituyen el Jurado; á los demás toca seguir su ejemplo, y así la ciudad condal recuperará pronto el brillo y prosperidad que ya empezaban á abandonarla.

La vida que hacen en la cárcel los tres sentenciados á muerte no es de tristeza, como el trance parece que lo exige.

Sobre todo Juan Rull, dotado de un carácter escéptico, está tranquilo: come y duerme como si no tuviera por qué perturbar su digestión ni su descanso.

El recuerdo de las víctimas inmoladas á su codicia nada le importa, y la visión del cadalso no le inquieta.

Diríase que en vez de ser el protagonista de la tragedia, de la que aún le resta escribir el epílogo, se trataba de un espectador.

Maneras de matar á los regicidas.

Los suplicios de la antigüedad han desaparecido en la actualidad; pero todavía en ocasiones se emplean procedimientos *que se hacen sentir*.

Lo que más suele conmover á los pueblos es el asesinato de sus reyes. Los regicidas, en los pueblos que marchan á la cabeza de la civilización, no suelen escapar peor que un asesino vulgar; en pueblos semibárbaros, ya es otra cosa.

Bien puede asegurarse que cuando, como últimamente en Portugal, mueren los regicidas por los sables ó las balas de la Policía y de las tropas, han tenido una buena estrella. De no morir en ese acto, lo más benigno para ellos es que los ahorquen *sin más complicaciones*.

Muchísimo más tremendo resulta la reclusión de por vida y sin relación alguna con el mundo. El asesino del rey Humberto de Italia, el anarquista Bresci, que fué sometido á ese *dulce* tratamiento, se suicidó por no poderlo resistir.

El que mató á la emperatriz de Austria, el ácrata Lucchesi, se ha vuelto imbécil.

En países orientales son peor tratados, como cuadra á los sentimientos de aquellos pueblos.

Los cómplices en el asesinato del sha de Persia, uno de ellos murió atormentado en la cárcel, otro fué envuelto en una mano de yeso, que, al secarse, le fué oprimiendo hasta que lentamente, le quitó la vida Tres asesinos de otro sha fueron cocidos vivos en enormes calderas.

En tiempos modernos, en Grecia, fueron muertos dos individuos conocidos por Mavromichaellis, asesinos del conde de Capo de Istria; fueron enteramente emparedados en tabiques de ladrillo hasta la altura de la barba y se les alimentó con comida muy salada, privándoles de agua, hasta que murieron.

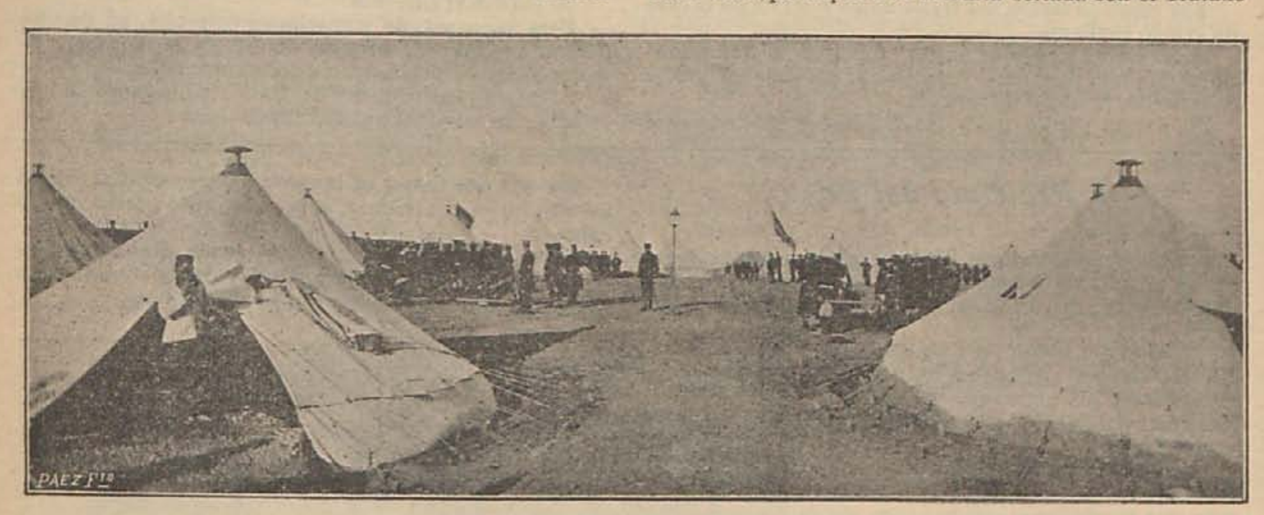
El que asesinó á Selim III de Turquía, fué también empalado en público, y resistió nada menos que cinco días á este suplicio.

El inmediato sucesor de Selim, Mustafá IV, también fué asesinado, y sus matadores también murieron cruelmente. Se les dejó sin comer, y cuando las torturas del hambre fueron horribles, se les alimentó; después se les privó de comida, y á así sucesivamente. Pero no se les consintió dormir. Su muerte fué de las más angustiosas.

La criminalidad en los niños es asunto que preocupa seriamente á las naciones cultas. En Francia, con no ser, por su fortuna, la de mayor criminalidad de esta clase, se han instituído ya penalidades especiales para los niños delincuentes y Tribunales especiales para juzgarles.

La acción de España en Marruecos

En la parte Norte del Continente africano, allí donde en la antigüedad fuimos y donde por tradición debiéramos haber vuelto, nuestra acción ha permanecido por muchos años siendo nula. Solo á las radiaciones luminosas desprendidas de las victorias de nuestra gloriosa guerra de Africa pareció que el pendón castellano iba de nuevo á ondear en el macizo marroquí, amparando por el Sur las fértiles tierras hasta los límites confundidos con el arenoso Sahara, y por el Norte hasta los que baña el Mediterráneo. La fugaz esperanza quedó desvanecida antes del día mismo en que se firmara el Tratado de Wad-Ras.



El campamento de las fuerzas españolas en Mar Chica. (Cliché de *El Mundo Militar.*)

Empeñados en no ver nuestro destino sino á la otra orilla del Atlántico, no pensamos en la expansión que naturalmente nos brindaba el vecino y carcomido imperio de Marruecos.

La misma raza que *arteramente nos echó* del continente americano fué la que nos estorbó cosechar los frutos del año 59, y España no puso su planta donde por derecho de conquista tenía derecho á e la, y donde, por derechos históricos y de vecindad, la civilización, más tarde ó más pronto, ha de reconocer la necesidad de la intervención española.

El año 59 no pareció bien al mundo civilizado que España poseyese el territorio conquistado palmo á palmo á los valientes y fanáticos moros. El año 98 ese *mundo culto* no supo impedir la infamia sellada con el Tratado de París, tolerando que el orgullo yanqui tomara para sí el archipiélago filipino, sin que los soldados americanos hubieran hecho otra cosa que posar su planta en el puerto de Manila.

Aquella intolerancia en perjuicio nuestro en el año 59 y esta lenidad del 98, también en nuestro perjuicio, no sabrá nunca hermanarlas la Historia. A nosotros nos causó la ruína y la vejación. Para vencer á España se precisó la coalición más ó menos consciente de *todo el mundo* contra ella. ¿Albergarían en su pecho todos los pueblos resquemores de cuando sobre todos ellos imperaba España?



Moros en las avanzadas del campamento de Mar Chica. (Cliché de *El Mundo Militar.*)

Hoy, vencidos, vejados, escarnecidos y empobrecidos, volvemos á ser el blanco de las miradas de Europa; se nos ha impelido á marchar á Marruecos.

Hemos ido con recelo, sin entusiasmo, escamados del fruto que pudiéramos sacar; quizás hayamos sido demasiado cautos; ¡ah, pero de España se ha abusado tanto, que con sobrada razón se halla recelosa!

Realmente hemos sido un freno de ajenas codicias.

En Casablanca servimos pasivamente los intereses de los pueblos *cucos*, de los que saben aprovechar; acaso hayamos impedido la acción francesa, que, egoísta y todo, es civilizadora. Nuestro soldado se encuentra allí conforme con su suerte, pero pesaroso de verse encerrado en la plaza. El desembarco de aquel puñado de valientes soldados españoles es gallarda muestra de lo que su empuje sería capaz.

La intervención española en los asuntos del Norte africano ha sido pedida por las kabilas y tolerada de buen grado por Europa, que va á gusto en el machito, esperando que abramos al comercio los puertos del litoral, que aplaquemos á los bravos marroquíes, para después ella sacar las ventajas comerciales y tal vez las militares, á pretexto de protección para sus industrias y tráficos.

Nuestras tropas están acampadas en Mar Chica y en Cabo de Agua, y los grabados enseñan la actitud pacífica y complaciente de los moros vecinos.

Nuestro campamento está convenientemente emplazado. La vigorosa adaptación al medio de nuestro soldado, le hará siempre ser el primero del mundo.

Las lluvias torrenciales de los primeros días, las extremadas temperaturas son aguantadas perfectamente, mientras que el telégrafo nos avisa que del ejército francés han muerto helados algunos soldados de los internados en la comarca de los Chania, no obstante que la temperatura es algo superior á cero. Hay que advertir que estos soldados eran argelinos.

Los blancos automáticos

Damos á nuestros lectores con el grabado que los representa una idea bastante completa de lo que son este géneros de blancos.

El dispositivo es el que varía, y el ser más ó menos feliz es el que determina la mayor ó menor bondad.

El eléctrico Chevalier, debido á este autor francés, ha sido acaso el que más resonancia ha tenido en el mundo militar.

En España hace tiempo que se conocen algunos, y de entre ellos, el más notable es el del jefe de la Guardia civil Sr. Urrutia.

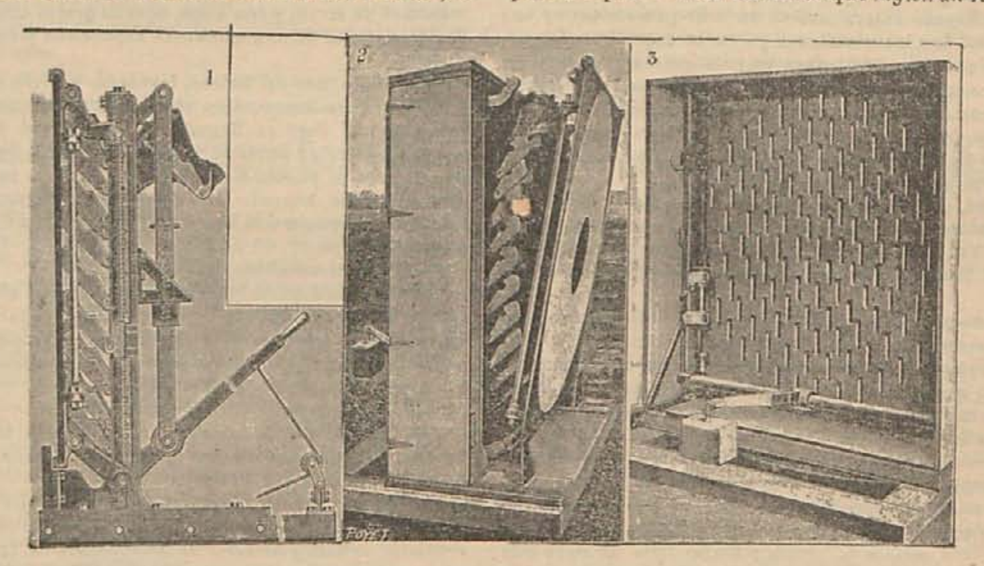
En síntesis, todos vienen á consistir en un blanco metálico, situado en el punto donde se quiere herir con la bala, y otro blanco situado en las proximidades del tirador: ambos están unidos por conductores eléctricos.

El impacto producido por la bala ocasiona el movimiento, ya giratorio, ya de oscilación, ya de báscula ó simplemente de traslación, de una porción del blanco, el que cierra el circuito de una corriente eléctrica, acusándose en el otro blanco fenómeno semejante, pudiéramos decir reflejo del primero.

Cada día se van perfeccionando más los blancos, y hoy se construyen para tiro colectivo; si bien hay que reconocer que si los destinados al tiro individual tienen aún sus defectos, los del colectivo están plagados de ellos.

No han pasado estos últimos singularmente del período de ensayo, aunque sea fuerte confesarlo, tanto más, fundándose todos, como se fundan, en principios tan conocidos que ya son vulgares.

Más como curiosidad que como solución, hay que fijarse en el dispositivo que representa el grabado. Su autor es el coronel George A. Peters, de Toronto. Detrás del blanco hay una serie de chasis sobre una placa metálica, la que está provista de aberturas rectangulares para dar paso á unos martillos que *registran* los impactos.



1. Corte transversal.—2 El aparato visto con la plancha levantada —3. Disposición interior del aparato.

(Cliché de *El Mundo Militar.*)

Resolver prácticamente, ó sea verdaderamente resolver, el problema de los blancos eléctricos es punto de interés para facilitar y abreviar la enseñanza práctica del tiro, con economía considerable en el consumo de municiones.

Las ejecuciones por medio de la electricidad han defraudado las esperanzas que se pusieron en ella, de que haría más humanitarias las sentencias de pena capital; pero recientemente los *instrumentos* han sido modificados y parece que resolverán el problema.

La instrucción de los pueblos es la base de la disminución de la criminalidad.

Educando bien, sobre todo al niño, se merma la delincuencia.

Las últimas manifestaciones del Sr. Canalejas, acerca de las modificaciones que deben implantarse en la instrucción primaria, son un buen paso.

La racha de fugas con dinero ajeno es interminable, constituyendo la nota de la temporada. *Es lo que se lleva.*



Don Rodrigo—respondió Esteban—, vos habláis en este momento como un joven; dejadme, pues, ahora, hablar como un anciano. Vos me concedéis un gran poder de fascinación; supongo que lo posea, y que pudiera sublevar fácilmente á Sevilla contra los inquisidores, gracias al recuerdo de mi padre, que aún vive en el corazón de los españoles. ¿Qué bien reportaría de ello España? ¿de qué serviría? De hacer morir millares de personas, sin mejorar la suerte de los que quedasen. Sabéis, don Valero, que á fin de romper para siempre el yugo de la Inquisición, sería preciso que España entera tuviese un solo pensamiento y una voluntad sola. Las insurrecciones parciales engendran la guerra civil, empobrecen, destruyen un país, pero no cambian su suerte; son sangrías reiteradas en un cuerpo robusto, que le hacen respirar un día para arruinarle por fin. Sólo la ciencia y la filosofía podrán regenerar á España y hacerla libre; y hasta entonces no debemos esperar nada; no estamos destinados á ver esos hermosos días

—¿Por qué, pues, conspiramos?—interrumpió Valero.

—Por un solo hecho—replicó Esteban—, por un interés particular. Yo, para librar á los que amo; vos y don Gimeno, por amistad hacia mí; este es, creed que este es el impulso que nos mueve.

—Esteban—dijo don Gimeno—, vos calumniáis nuestras intenciones circunscribiéndolas á un interés particular.

—No—replicó Esteban—; no las calumnio; nosotros teremos el alma grande y ardiente, gemimos por los males de la humanidad; tres meses hace, hubiera dicho como vos, don Rodrigo, que sólo nos guiaba á ese acto de revolución el amor de nuestros hermanos que padecían, el amor del pueblo deshonrado y perseguido. Desde entonces he aprendido á analizar mejor los sentimientos del hombre, y digo que si Dios nos hubiese creado para ser los regeneradores de España, nos hubiese concedido otros medios de acción y hecho vivir un siglo más tarde; ó bien hubiéramos tenido el don del apostolado y sido humildes y valientes atletas como Juan de Avila, Juan de Dios y vuestro sabio discípulo Egidius; almas sublimes tan encendidas en el santo amor de los hombres, que hacen completa abstracción de sí mismas y de todo sentimiento personal en favor de la gran familia humana. ¡Esos son los que tienen el derecho de remover España hasta sus entrañas y de regenerarla por el espíritu! La regeneración de la cuchilla sólo es una herida encima de una llaga; y si conspiro actualmente con vosotros, señores, no es porque espere un bien para mis hermanos que padecen en España; es porque amo, y quiero salvar á mi amada. Esto creo que es egoismo—añadió sonriéndose con amargura.

—Esteban—dijo don Gimeno—, vos valéis más y en la ocasión oportuna os sacrificaríais mejor que nosotros.

—Sea cual fuere el motivo de nuestra revuelta, es sagrado. Marchemos—dijo Valero—y sea nuestro jefe Esteban; vos sois más elocuente que Cicerón y tenéis una franqueza seductora.

—¿A dónde es preciso ir?—añadió el anciano dirigiéndose al alguacil.

—Seguidme, señores—dijo Coco—; y para no despertar sospechas, entrad en el baile sin ceremonias, divertíos; hablad con las lindas muchachas, y á vos, señor don Esteban, os aconsejo que hagáis bailar á la serena.

—¿Y yo á quien haré bailar?—preguntó don Rodrigo.

—Cálmese su señoría—dijo sonriéndose el alguacil—; no faltan bailarinas en la Garduña; las hay de todos colores y edades.

—Precédenos, pues—dijo Esteban.

Entró el alguacil solo en la sala de la hermandad.

El baile estaba en aquel momento vivo y animado. Un alegre bolero, bailado por Manofina y la serena, los tenía á todos suspensos. Multiplicados bravos acogían cada postura graciosa, cada ligera pirueta de la bailarina. La serena, adelantando el cuello, con los ojos relucientes y húmedos, con sus manecitas armadas de postizas, ondulaba como una culebra, y balanceaba con una gracia indecible su talle flexible y hechicero. Animado el guapo por la música, por las roncerías de Culebrina y también por los aplausos de la asamblea, desplegaba con inconcebible ardor el vigor y ligereza de sus piernas. Cortado como un verdadero hijo de Andalucía, tenía los músculos de acero, y con ellos, aquella gracia atrevida, salvaje, decidida, fruto de una existencia vagabunda y de una inmensa libertad.

Al último paso del bolero, levantóse un viva unánime en la sala, y fué precisamente en el momento en que entraban los tres señores. Pero su llegada en nada alteró la alegría de aquella honorable sociedad, porque en España los grandes se mezclan con el pueblo sin que crean envilecer su dignidad, ni éste se juzgue honrado por semejante condescendencia.

Coco se apoximó al maestre, y señalando á don Esteban de Vargas, le dijo:

—Este es el caballero que paga.

—El mismo á quien Manofina debía matar—observó Mandamiento—; parece que entre este joven y el inquisidor de Sevilla hay una guerra á muerte ¡Bien! ¡bien!—prosiguió frotándose las manos—; donde hay lienzo se cortan camisas. Bien está, Coco; que se aguarden; y después de la fiesta hablaremos del asunto, pues ahora la Garduña debe cenar.

En efecto, en medio del círculo de los bailarines, una aprendiz serena y dos ó tres pinches de cocina acababan de servir la comida.

Sobre una grande estera extendida por tierra á modo de mesa y de manteles, habían puesto su rica «medianoche», que consistía en varias horteras de barro llenas de «gazpacho», en un enorme «guisado», y en cuatro cabritos» asados. Platos y cucharas no las había, porque los garduños ignoraban absolutamente el uso de esos dos objetos de lujo y comían cordialmente sirviéndose de los dedos en vez de tenedores.

Adelantóse el maestre hacia los conjurados.

—Señores—les dijo con cortesía—, ¿se dignarán sus señorías acompañar á mis hijos?

—Con mucho gusto—respondieron.

Tomaron cada uno una estera, se sentaron en tierra como los demás, si temer ensuciarse sus trajes de seda.

Esteban se había sentado á propósito al lado de la serena; la cual, ya muy dispuesta en favor de ese gallardo caballero, al que había salvado la vida, le miró con dulce tristeza, y acudiéronle las lágrimas á los ojos al recordar que su hermosa novia se hallaba en los calabozos de la Inquisición, y que el infeliz Esteban se veía obligado á sonreirse.

Mientras que la asamblea despachaba los platos con un apetito de garduños, Esteban, fingiendo devorar algunos pedazos de cabrito, dijo á Culebrina, á la cual quería atraer á su partido:

—Bailarás conmigo, ¿no es verdad?

—No, señor—respondió ella con afectuosa tristeza.—Me gusta la danza, y me sería muy honroso bailar un fandango con vuestra señoría; pero gracias á Dios no tendréis ese trabajo esta noche: el baile se ha concluído por hoy, y después de la cena, cada uno irá á su destino, bien que vos no podéis tener ningún deseo de bailar.

(Continuará.)

La Autoridad... ful.

En París ha ocurrido un suceso que prueba hasta qué punto los pillos aguzan el ingenio para jugársela á sus semejantes, y nunca mejor apropiada esta palabra.



En la avenida Jugres funcionaba *á todo trapo* una partida de *baccarat* en casa de M. R.

Había sobre el tapete unos 4.000 francos, la mesa de juego estaba rodeada de jugadores de ambos sexos, y la partida en todo su apogeo.

De pronto se abrió la puerta y apareció un grupo de agentes de Policía. El jefe de ellos, con autoritaria voz, mostrando el bastón exclamó: ¡Alto al jefe de la brigada! ¡Nadie se mueva!

Los aterrados jugadores no osaron tocar ni una carta, ni un franco, clavados permanecieron en sus asientos, sin pretender levantar la vista de la mesa.

El mismo jefe, incautándose del dinero y de las barajas, reprendió á todos agriamente por el vicio de jugar; después, dulcificando algo más la voz, les dió buenos consejos, anotó el nombre de todos y les relevó de ir conducidos presos; eso sí, con la precisa obligación de que al día siguiente habían de comparecer todos en la Comisaría, donde habrían de ser juzgados con todo el rigor de la ley.

A la hora señalada por la Autoridad acudieron todos. El comisario se vió perplejo, y al pronto tomó á broma las primeras manifestaciones de los que iban llegando.

Allí se enteraron éstos de que habían sido unos *incautos primetes*, porque el que les sorprendió y se llevó la *guita* era un redomado sinvergüenza, disfrazado, como los canallas que le acompañaban, de agentes de la Autoridad.

Entonces pusieron el grito en el cielo; pero cuando subió de punto su rabia fué cuando iban retirándose ya, y de pronto cayó en la cuenta el comisario de que efectivamente estaban detenidos, puesto que, después de todo, habían descubierto á la verdadera Autoridad la existencia del delito de jugar, y que los *soplones* habían sido los mismos *primetes* que la noche última se dejaron engañar y robar por el falso policía.

La jugada ha sido magistral y tiene su sabrosa nota cómica, que también saborearon los propios perjudicados cuando, ya á sangre fría, se hicieron cargo de la audacia y *frescura* de su burlador.

Nuestros regalos en el 2.° trimestre de 1908.

Correspondiendo al creciente favor de nuestros abonados, en su obsequio haremos los siguientes sorteos:

Mes de Abril.—**Una máquina de escribir,** de la Casa Ureña, de esta corte.

Mes de Mayo.—**Cuarenta novelas,** encuadernadas y con grabados, que serán remitidas, francas de porte, á los cuarenta suscriptores á quienes les hayan correspondido en suerte.

Mes de Junio—**Cinco décimos** de 3 pesetas, correspondientes al último sorteo del mes, que remitiremos uno á cada uno de los cinco abonados que resulten favorecidos.

El sorteo de la máquina de escribir ha correspondido al cabo de la Guardia civil de la Comandancia de Orense, puesto de Castro Caldelas, D. José Gómez Barreiro, á quien se la enviamos franca de portes.

Terminada la interesante obra debida á la inteligente pluma del sargento de Carabineros de la Comandancia de Guipúzcoa D. José Corrales Blasco, titulada *Hechos notables del Cuerpo de Carabineros*, será bien pronto puesta á la venta, pudiendo dirigirse, quien desee adquirirla, á su autor ó á esta Administración.

En su lugar publicaremos unos pequeños é interesantes tomos de *Diversos conocimientos útiles al hombre apartado de los centros de población.* Estos libritos ayudarán á hacer la vida más llevadera, cómoda y económica, siguiendo sus consejos, á los que, como el carabinero y el guardia civil, viven en muchas ocasiones en lugares desiertos, y no estarán de más á los que habiten en poblados.

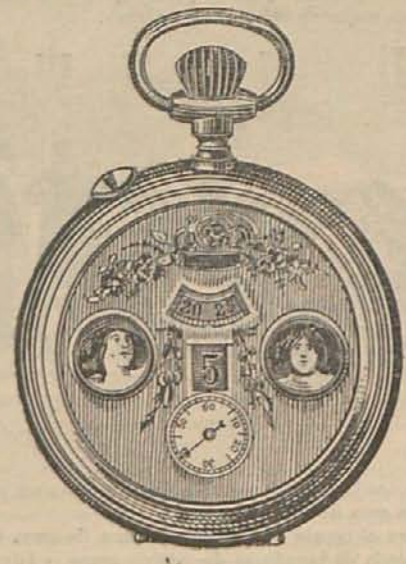
Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, Fuencarral, 59. — Madrid.

Con una fotografía, 33,50 ptas., en 5 ó 6 plazos.



En 5 ó 6 plazos, con dos fotografías, 35 ptas.



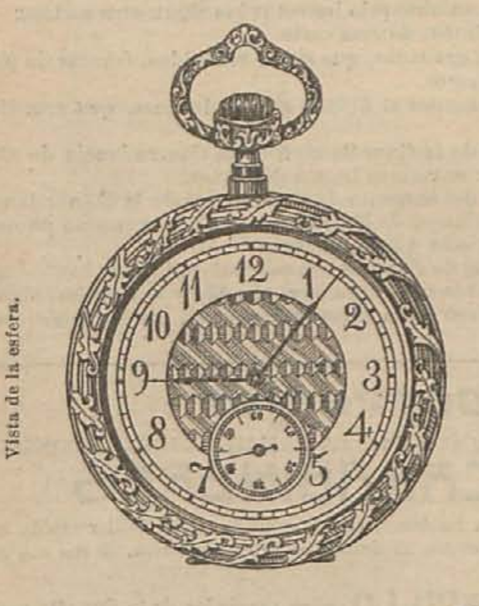
El maravilloso reloj automático.

La última novedad, sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad; máquina fuerte, de áncora precisión. Tiene una y dos aplicaciones fotográficas, con cerquillo-medallón, se puede abrir y poner la fotografía que se quiera guardar como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones, forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. Thierry.

Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.

Vista de la esfera.



Vista del dorso.



El Precioso.

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increíble en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal simil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, y máquina fina garantizada.— Se hacen con distintos dibujos

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos.

Advertencia. —Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.— **No olvidar de indicar la estación, para evitar errores o retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.